

el gobierno de este país que las venidas sea el resultado de sus
propias acciones, y que no sea el resultado de las acciones de
Por lo demás, siendo para nosotros incuestionable que ha
de ser favorable para la causa republicana el desalojo final
de la presente lucha, esperamos confiadamente que la inter-
venção francesa, llamada con orgullo por Napoleon y por
sus colaboradores, el hoy más glorioso de su reinado, no sea
en realidad Dios mediante, sino el más desastroso de la vez
que el más injustificado.

DISCUSION HABIDA EN EL SENADO FRANCÉS,

SOBRE LOS ASUNTOS DE MÉXICO, EN MARZO DE 1865.

Chihuahua, Junio 18 de 1865.

Como era de suponerse, fué una simple perífrasis del dis-
curso de Napoleon III el proyecto, de contestacion presen-
tado en el Senado francés. Los párrafos relativos á los asun-
tos de México, están concebidos en los términos siguientes:

“El año pasado, México no era mas que un campo de
batalla en que todo estaba oscuro, ménos la superioridad mi-
litar de la Francia. Ahora ha salido de allí un imperio, so-
bre cuya cuna están grabados los nombres de Napoleon III
y de Carlos V. ¡Ojalá tales nombres le inspiren las virtudes
que fundan los Estados, y le hagan olvidar las pasiones que
los desgarran!

“Algunas graves cuestiones han sobrevivido á las guer-
ras civiles. Esperamos que el príncipe ilustrado y firme que
México ha puesto á su cabeza, sepa decidir las con resolucio-
nes enérgicas y prontas, y que los soldados franceses, de re-
greso dentro de poco en su patria, confirmen que aquel prín-
cipe reina sobre un pueblo abrigado para lo de adelante por
la bandera del órden.

“Por lo demás, la opinion universal sabe ya, que si nues-
tro gobierno ha perseverado con tanta resolucion en su difi-

cil empresa, no lo ha hecho para suscitar antagonismos de raza y crearnos establecimientos lejanos, sino para aproximar los dos mundos por medio de los cambios pacíficos y bienhechores de la civilización."

Adulación rastrera y descarada falsedad envuelven las anteriores palabras. El año presente, como el anterior de 64 y como los de 63 y 62, encuentra á México convertido en un campo de batalla, en el que todo es oscuro, ménos la imposibilidad de que se consolide la obra de la intervención francesa. El imperio salido de ella, raquítico y condenado á muerte prematura, verá grabados sobre su sepulcro los nombres de su cuna. Dejando á un lado á Cárlos V, con quien no tenemos que hacer por ahora, dirémos que el ejemplo de Napoleón III solo puede inspirar los vicios del perjurio y del despotismo. Las graves cuestiones pendientes no serán resueltas, sino ántes bien complicadas en extremo, por el príncipe veleidoso y sin cultura, que las bayonetas extranjeras y las intrigas de los traidores han querido imponer á México. Los soldados franceses que vuelvan á su patria, contarán la caída de su protegido, arrojado de su usurpado solio por un pueblo al que abruga la bandera nacional, símbolo de su independencia y de su libertad. La opinion universal sabe ya perfectamente, que Napoleón ha perseverado con tanta resolución en su de veras difícil empresa, por la necesidad en que se ha visto y se ve de pasar por las consecuencias de pasos dados sin prevision, en un negocio en que se ha venido caminando á la ventura, á impulsos de una política absurda. El antagonismo de razas está proclamando, en términos intergiversables, en la famosa carta de Napoleón á Forey, eterno monumento de torpeza é imprevisión. El propósito de adquirir establecimientos lejanos, lo revelará el tiempo. Para aproximar á los dos mundos por medio de los

cambios pacíficos y bienhechores de la civilización, no se podría haber empleado ciertamente medio mas desacertado, que el de una empresa pirática, de la que solo pueden emanar ódios, guerras, rencores y rivalidades.

Abierto el debate sobre el proyecto de contestación, pidió la palabra el excéntrico marques de Boissy, y pronunció uno de esos discursos sin método ni regularidad, pero llenos de salidas ingeniosas, que le son familiares.

Al hablar de lo concerniente á nuestros asuntos, dijo Boissy que admitia hasta cierto punto el principio de intervención, aprobándolo en Italia en favor del Papa contra Mazzini, y en favor de los italianos contra el Austria; pero que no lo aprobaba ni en México ni en Grecia. Siguió luego una furiosa diatriba contra la Inglaterra, á la que profesa el marques un ódio profundo, acusándola de haber abandonado á la Francia en la expedición mexicana que habian comenzado juntas, para intervenir luego en participar de los frutos de la victoria. Recordó que, al recibirse en Inglaterra la noticia de lo ocurrido el 5 de Mayo de 1862, se cubrieron las calles con letreros, en que se anunciaba la *gran derrota de los franceses*; la cual se celebró además con fuegos é iluminaciones. Trajo tambien á colación, que las dos únicas potencias que no felicitaron al gobierno frances por la toma de Puebla, fueron la Rusia y la Inglaterra; y si bien disculpó á la Rusia, resentida por estarse entónces fomentando secretamente en Francia la insurrección polaca, respecto de la Inglaterra no encontró mas explicaciones que su marcada antipatía á los franceses.

Volviendo Boissy á la cuestión de intervención, habló de la ejercida en China: la calificó de lejana; pero se consoló con que ya iba á terminar. "Solo que," agregó, "ántes de volver de China, seria prudente regresar de México, porque

hay dos gruesos puntos negros sobre el horizonte: México y Roma. En lo que á México concierne, hay aquí el deseo sentimental de que la guerra de América no acabe, sino que continúe perpetuamente hasta la exterminacion completa, en caso necesario. Si la desgracia quisiera que terminase, nuestro ejército quedaria prisionero."

Esta última frase provocó vivas protestas en todos los bancos.

El baron de Heeckeren.—Es imposible decir semejantes cosas en una asamblea como el Senado. [Adhesion.]

El marques de Boissy.—¡Cómol Tendríaís encima un ejército de ganapanes de 5 á 600,000 hombres. [Murmillos.]

El presidente.—Vuestras suposiciones son injuriosas á nuestros soldados, y el Senado manifiesta con sus murmullos el sentimiento que experimenta.

El marques de Boissy.—Yo no lo creo así. [Sí! sí!]

El baron de Heeckeren.—Ofendeis los sentimientos de todos vuestros colegas.

El marques de Boissy.—Subid á la tribuna.

El baron de Heeckeren.—Me permitiréis que lo haga cuando me parezca.

Algunas voces.—Bastal que se levante la sesion.

El presidente.—Ya veis, señor de Boissy, que el Senado no simpatiza en manera alguna con vuestro sentir.

El marques de Boissy.—No por eso deja de ser cierto, que encontrándose reducido nuestro ejército á una cifra..... (Bastal que se levante la sesion!)

El presidente.—Señor de Boissy, hago constar los murmullos unánimes del Senado: esta es la mejor respuesta á vuestras observaciones.

El marques de Boissy.—¡Convenido! triunfarémos..... 29,000 hombres contra 5 ó 600,000. ¿Pero esto cuánto

nos cestará? (Bastal bastal) Pues bien, pasemos á la China.

Viendo, en efecto, el orador que no se le permitia hablar sobre la suerte futura del ejército frances en México, no insistió mas en sus observaciones.

Bien valian ellas, sin embargo, la pena de ser tomadas en consideracion.

De la antipatía existente entre Francia é Inglaterra, hay demasiadas pruebas, á mas de las que adujo Boissy, para corroborar que están ahora mas léjos de entenderse que nunca, sobre cualquier materia.

El caritativo deseo del marques, concierne á que continuara sin intermision la guerra en los Estados-Unidos, hasta el completo exterminio de unionistas y confederados, no se necesita ser un lince para comprender que expresa el modo de pensar de todo el partido bonapartista, aunque pocos ha de haber que tengan la franqueza de confesarlo con tanta ingenuidad. En el interes de cuantos medran á la sombra del tercero de los Napoleones, está naturalmente desear que surjan complicaciones exteriores, anunciadas como inevitables, por parte de los Estados-Unidos, con motivo de la intervencion francesa en México. Llenando este objeto la prolongacion de la guerra civil en la república vecina, no puede ser dudoso que Napoleon y sus secuaces han de haber quedado profundamente disgustados con el ya seguro término de la contienda.

Las consecuencias que resultarian de un rompimiento entre Francia y los Estados-Unidos, son demasiado claras, sobre todo respecto del ejército existente en México. No ya en su actual estado, sino despues de recibir cuantos refuerzos se le mandasen de la enorme distancia de que tienen que venir, seria impotente para resistir á las superiores fuerzas

norteamericanas que se podrian aglomerar para vencerlo. El orgullo de los senadores franceses se ha mostrado de una susceptibilidad risible, al ofenderse con la consideracion de que tendrian forzosamente que sucumbir las tropas expedicionarias, ante otras compuestas de un número mucho mayor.

Los ridículos clamores con que se apagó la voz del orador, lo único que prueban es que los coristas del imperio no quieren oír verdades amargas, ni que resuenen en sus reuniones otros acentos que los de la adulacion.

Aunque no directamente relacionado con nuestros asuntos, merece mencionarse uno de los puntos tocados por Boissy en su discurso. Refiriéndose á lo que sucederia, en caso de que muriera Napoleon, dijo que habria una confusion general. El mariscal Magnan protestó contra esta aseveracion, afirmando que, aun en el evento de ocurrir la desgracia enunciada, el Senado, el Cuerpo Legislativo y el ejército se reunirian al rededor del príncipe imperial, para protestarle su adhesion y proclamarle sucesor de su padre. Notando el presidente que se habia olvidado al país, aseguró que participaria de los mismos sentimientos. Magnan, para enmendar su torpeza, salió con la ridícula explicacion de que no habia hecho mencion del país, por ser seguro que sancionaria las decisiones de ambas cámaras.

El olvido del mariscal comprueba lo que es ya bien sabido, es decir, que el pueblo nada significa en el actual régimen imperial de la Francia. Aun el Senado, el Cuerpo Legislativo y el ejército, tan adictos hoy al soberano, cambiarian probablemente de tono, cuando así lo exigiera su interes, como sucedió en tiempo de Napoleon I. La alusion á la muerte del III, no deja de indicar cuán próximo se considera ese acontecimiento.

Al marques de Boissy contestó Chaix d'Est-Ange, orador del gobierno. Acusando de contradiccion al preopinante, porque sin embargo de llamarse amigo de la humanidad, habia expresado el deseo de que la guerra fratricida de los Estados-Unidos, impía en su carácter y en sus resultados, no cesase nunca, Chaix d'Est-Ange dijo que rechazaba resueltamente tal deseo; y aun cuando la Francia estuviese interesada en la continuacion de la lucha, jamas inmolaria á la humanidad en el altar de su país. Para calmar los temores de Boissy, agregó que los Estados-Unidos tienen mucha sensatez y juicio para emprender semejante guerra, y que no atravesarian desiertos para agregar otras provincias á provincias ya demasiado numerosas. No negó que les faltaria potencia para atacar á los franceses en México, sino que se fundó en que no lo harian por no convenirles. Explicando otro punto á que se habia aludido, manifestó que, como los productos de la aduana de Veracruz estaban consignados, ántes de la expedicion francesa, á satisfacer las reclamaciones de Inglaterra, Francia y España, entre las que se dividian mensualmente, no se podia decir por la Francia á las otras dos potencias, al tomar posesion del puerto, que los tratados existentes eran nulos y de ningun valor.

En virtud de faltarnos datos sobre la sinceridad de Chaix d'Est-Ange, no podemos calificar hasta qué punto sea creible su aseveracion, de que está por el término de la lucha en los Estados-Unidos. En lo que sí no cabe duda es en que no participa de tal opinion el partido á que pertenece, el cual, de Napoleon abajo, así como emprendió la pirática expedicion á México por los disturbios de la república vecina, desea ahora incontestablemente la prolongacion en ella de su gran contienda civil, para hacer realizable la intervencion francesa en nuestro país.

No se trata hoy por los Estados-Unidos de adquirir nuevo territorio, ni les conviene en ningun sentido. De lo que se trata es de sostener la doctrina de Monroe; de no consentir en América la ereccion de monarquías impuestas por las bayonetas europeas; de no tolerar una vecindad peligrosa; de no transigir con una empresa, encaminada directamente, por confesion terminante de su propio autor, á suscitar antagonismos de raza, y á contrariar la fuerza y el prestigio de la anglosajona. De estas fundadas observaciones se desprende la natural consideracion de que importa mucho á los Estados-Unidos oponerse á la intervencion francesa en México, no por insana ambicion de territorio, sino por su interes bien entendido, en favor del cual han de estar forzosamente su sensatez y su buen juicio.

Probada así la conveniencia de que la gran potencia americana contenga los atentados de Napoleon, queda destruida la seguridad que pretendia dar Chaix d'Est Ange, de que no obraria en ese sentido. En cuanto á los formidables elementos con que cuenta para hacer respetar sus determinaciones, inútil es encarecerlos, cuando no las desconoce el órgano del gobierno frances, mas racional en esto que los bulliciosos senadores, en cuyos oidos sonó como una blasfemia el anuncio de la suerte deparada al cuerpo expedicionario de México, en caso de lucha con un enemigo irresistible. Por lo demas, estamos en la inteligencia de que no se llegaría á esa extremidad, bastando un ultimatum enérgico para conseguir el fin deseado.

La injustificable ingerencia de la Francia en nuestros asuntos, ha recibido una nueva comprobacion con el hecho de haberse seguido aplicando, por orden suya, los productos de la aduana de Veracruz, al pago de las convenciones extranjeras á que han estado consignados. Nada importa para

el caso que tales pagos procedan de tratados vigentes, ni que haya razones para no declararlos nulos y de ningun valor. Negocio es este del exclusivo resorte de las naciones interesadas, y no corresponde á otra intrusa y arbitraria, poner en tutela á la deudora, sin otro título que el de la fuerza.

En la sesion del 18 de Marzo tomó la palabra el mariscal Forey, al ponerse á discusion el párrafo relativo á los asuntos de México.

Comenzando por provocar la risa de sus oyentes, con manifestar que queria decir solamente una palabra y que no llegaria á dos, dijo sin embargo mas de las necesarias para ponerse en ridículo, y para excitar la indignacion de cuantos se hallan en estado de calificar las calumnias que emitió.

Continuando su exordio, expresó que no es orador: que solo sabe manejar la espada; pero que se creía en aptitud de decir algo sobre la cuestion de México.

¿Y qué fué lo que dijo el pretensioso mariscal? Absurdos y falsedades, que perentoriamente desmienten la aptitud de que se supuso engalanado.

Forey no es de los que desesperan del porvenir de México, país que llama bien desgraciado, y mas digno de lástima que de vituperio. Renunciando á hacer la pintura de los cincuenta años que lleva de estar sufriendo los horrores de la guerra civil, quiso hablar de las infamias que cometen supuestos generales, y como entónces circulaba la noticia de que D. Porfirio Diaz habia sido fusilado, afirmó que bien lo merecia, porque ningun crimen abominable habia dejado ese miserable de cometer. Para no citar mas que un ejemplo, que haria estremecer á su auditorio, y que era sin embargo de todo punto cierto y exacto, consignó el hecho tremendo de haber mandado Diaz abrir el vientre á mugeres en cinta,

sacándoles los fetos para colgarlos al cuello de sus madres, con las mismas entrañas de estas.

Al oír esta relación, hubo en el humano senado francés un movimiento de horror y de indignación.

“Y se compadece la suerte de semejante monstruo!”— agregó el calumniador.—“Si el mariscal Bazaine lo ha mandado fusilar, no ha hecho sino lo que hubiera hecho yo mismo, porque gefes de bandidos deben ser tratados como tales, y no como soldados.”

Para cuantos viven en México, nacionales y extranjeros; para cuantos medio conocen la historia de este país, es manifiesta, es patente, no necesita ser desmentida, la horrible calumnia del mariscal Forey contra uno de los generales más ameritados del ejército republicano de México. Lejos de que el valiente joven Porfirio Díaz sea un miserable avezado al crimen, no hay en toda su vida un solo rasgo que lo deshonre. Nunca ha sido gefe de bandidos. El infame cuento forjado en pleno senado francés, nada, absolutamente nada tiene que ver con su historia verdadera. El mariscal Forey, que hubiera cometido un asesinato si hubiera podido fusilar á Díaz, de cuyo supuesto fusilamiento se alegraba, ha probado que sabe manejar, mejor todavía que la espada, la mentira y la difamación.

Con el objeto de aclarar los hechos, escribió D. Luis Maneyro, cónsul de México en Francia, un sucinto comunicado, el cual no le fué posible conseguir que saliera en ningún periódico francés, á pesar de estar redactado en los términos más comedidos. Muy alto habla este comprobante de la falta de libertad de la prensa en el imperio de Napoleón. Tratándose de México, puede quien quiera denigrar á mansalva á sus hombres públicos más respetables, seguro de que no será allí desmentido, porque á los que se propongan con-

tradicirlo, siquiera sea de la manera más suave, se les cerrarán todos los caminos de la publicidad. La calumnia circulará; la defensa será imposible. Tal es hoy la envidiable suerte de la Francia; tal es siempre la de los países regidos por el despotismo.

En los Estados-Unidos fué donde se pudo desmentir á Forey, para lo cual franqueó sus columnas el *Messenger franco-américain*, periódico liberal y antibonapartista de Nueva-York. En el número correspondiente al 15 de Abril publicó ese diario el remitido de Maneyro y otro más extenso de D. Ignacio Mariscal, secretario de la legación mexicana en Washington.

También D. Jesús Terán, ministro que fué de justicia hasta Agosto de 1863, desmintió en España, en los periódicos de Zaragoza, al falso acusador.

Muy posible es que la acusación formulada por Forey contra el joven, valiente y honrado general D. Porfirio Díaz, haya emanado de haber confundido á este digno mexicano, de conducta verdaderamente intachable, con algún menguado capaz de cometer los crímenes que á él torpemente se le atribuyen. Aun admitida esta explicación, no por eso dejan de ser terribles los cargos que resultan contra Forey. En primer lugar, no hay memoria en la historia de México de que nadie haya cometido el espantoso crimen de abrir el vientre á mugeres embarazadas, para colgarles del cuello sus fetos. En segundo lugar, para imputar una acción tan inhumana á persona determinada, era indispensable estar enteramente seguro de la exactitud del hecho, para no dar lugar á que se dijese, como se dirá del mariscal calumniador, que ha obrado con ligereza, sin conciencia y sin dignidad. Y por último, al ver cómo desbarran los personajes que se dan por más instruidos de los asuntos de México, que se ca-

lifican en público de aptos para hablar de su historia, hasta el mas obcecado se convencerá de que en todo se camina á ciegas en la empresa atentatoria de Napoleon III.

La necesidad de encargarnos con alguna extension de un punto relacionado, no simplemente con el honor de uno de nuestros mas apreciados generales, sino tambien con el honor del nombre mexicano, nos ha obligado á dejar por algun tiempo con la palabra en la boca al mariscal Forey, de cuyo discurso seguiremos ocupándonos.

Para insistir en su tema de que México no está perdido, por encerrar elementos de porvenir, dijo que, si bien es cierto que todo está por volver á hacerse en este país, donde el sentido moral ha sido completamente pervertido, donde no hay ya administracion, ni justicia, ni ejército, ni espíritu nacional, ni, por decirlo así, nada; la culpa no es de la nacion, la cual en el fondo es buena, es generosa, y tiene los sentimientos del pueblo de que procede, de los castellanos, de los altivos castellanos.

Estos elogios de Forey, nacidos del deseo de adular á su amo, cuyos proyectos serian descabellados aun á los ojos de sus partidarios, si se aplicaran á una nacion para la que no hubiera remedio por su falta de elementos sociales; estos elogios, decimos, ni son sinceros, ni los agradecemos. En cuanto á los cargos aglomerados contra nuestra patria, su falsedad se está probando diariamente con la simple prolongacion de la lucha contra el invasor. Aun cuando fueran ciertos, la intervencion no serviria para la enmienda. El sentido moral acabaria de pervertirse con la proteccion otorgada á la infidencia. La administracion se haria imposible con la falta de paz, con la imposicion de nuevos y onerosísimos gravámenes. Mal andaria la justicia con el ejemplo de los asesinatos de las cortes marciales francesas. La buena

organizacion del ejército no se lograria con desmoralizarlo, humillarlo y desacreditarlo á todas horas. El espíritu nacional se contaminaria necesariamente con la infamia de la traicion. Si nada, pues, hubiera ya en México de cuanto sirve para constituir á una nacion, la intervencion francesa habria venido simplemente á asistir á un entierro.

Siguió luego, en boca de Forey, el elogio obligado de Maximiliano y de Carlota. Admirado mostróse el orador, como para dar á entender que tiene tambien sus puntas de epigramático, de que un príncipe austriaco se estuviera mostrando tan liberal. Manifestóse ademas, convencido de que Maximiliano lograria sobreponerse á las detestables y villanas pasiones que agitan este país, ayudado por los consejos de su consorte, extranjera á la Francia por su nacimiento, pero francesa de corazon, y en quien todos reconocen las mas altas virtudes.

¡Dichoso México, cuya suerte será envidiable con un Salomon en el trono, y una ninfa Egeria en la antecámara! Con que el mariscal Forey se dignara servirles de consejero áulico, no habria ya mas que pedir.

Pero en defecto suyo, ahí tenemos al ejército frances, que está siendo aquí, como en todas partes, el modelo del orden, de la disciplina, de la fidelidad á la bandera, de la adhesion á las instituciones de la Francia y á su noble soberano.

Ya se deja entender que esto no lo decimos nosotros, sino el mariscal Forey. Nuestra opinion en este punto, lo mismo que en todos los demas de su discurso, no se aviene con la suya. Para nosotros el ejército frances, dotado indudablemente de grandes cualidades, se deshonor sirviendo de instrumento á los planes mas injustificables de su despótico soberano, y cometiendo á las órdenes de gefes como Castagny, Brincourt y Dupin, actos vandálicos de perpetua y horrible recordacion.

Forey, que habia empezado su discurso como un bendito, que lo habia continuado como un energúmeno, lo acabó como un hipócrita ó como un fanático. Se proclamó muy buen católico; aseguró que creia en Dios; y dando por sentado que por inspiracion divina se ha armado Napoleon de la espada de la Francia, para restablecer el orden en México, declaró que la Providencia no abandonaria este país.

Cosas hay tan ridículas, que se necesita verlas para creerlas. A ese número pertenecen las sandeces de Forey, con las que acabó de probar su incuestionable ineptitud para el uso de la palabra. El catolicismo del mariscal nos parece algo jesuítico, segun la facilidad con que lo hace servir para convertir en obras meritorias los atentados mas injustificables. No sabemos si en algun éxtasis ó sueño, se dignaria Dios revelar á su fiel siervo, que la expedicion á México es obra de una inspiracion celestial. Muy respetable es ciertamente la palabra del mariscal Forey; pero nos permitirémos dudar de ella, miétras no tengamos mas que esa prueba de sus relaciones de amistad y otras con la divinidad. Tambien nosotros creemos, aunque malos, que la Providencia no abandona á México; y esperamos por lo mismo que lo salvará de la inícuca invasion francesa.

Nos parece oportuno poner en seguida la apreciacion que el *Tempo* hizo del discurso que acabamos de impugnar, concebida en estos términos:

"Tampoco es posible dejar de notar el contraste que existe, en el párrafo relativo á México, entre las seguridades perentorias del proyecto, y el testimonio, no sospechoso para nadie, del mariscal Forey. El proyecto afirma que el orden, la seguridad, el trabajo, vuelven á ejercer su imperio. El mariscal declara que no hay en México ni administracion, ni justicia, ni ejército, ni espíritu nacional. Verdad es

que él no desespera; pero si está léjos de proclamar por ahora la regeneracion de México, no hace mas que esperarla; y ¿cuáles son sus garantías? El liberalismo del emperador Maximiliano y las virtudes de la emperatriz, cualidades que están en peligro de ser inferiores á las circunstancias; la Providencia, que todo el mundo invoca, pero cuyos designios son impenetrables; y en fin, el ejemplo del ejército francés, cuyo pronto regreso todos piden y esperan."

El senado aprobó, por 130 votos contra 2, el proyecto de respuesta al discurso de la corona.

Ya hemos visto á lo que se redujo, en aquel alto cuerpo, la discusion sobre los asuntos de México. Solo dos senadores tocaron ese punto. Boissy, enmedio de sus extravagancias, tuvo valor para sostener la conveniencia de la retirada del cuerpo expedicionario francés, pronosticando la suerte que correrá en el evento de una guerra con los Estados-Unidos. Sus juiciosas indicaciones fueron ahogadas por un mal entendido amor propio. Forey tomó cartas en la cuestion, no para impugnar el proyecto de respuesta, sino para pronunciar un indigesto discurso, en que campean la adulacion, la calumnia y la vulgaridad.

Esto, nada mas que esto, fué lo que hubo en el primer cuerpo del Estado, en el asunto que es hoy para la Francia el mas importante de todos. Así deshonra el servilismo á la tribuna parlamentaria. El senado francés se ha puesto al nivel del romano en la época de los peores emperadores.